

1. El problema que significa, para un movimiento social e ideológico como el nuestro, la permanencia de un régimen dictatorial – diré mejor de dos regímenes – que han conseguido borrarlos del panorama político de la Península Ibérica. Porque hay que tener en cuenta que en España – como en Italia y como no ha sido nunca igual en Francia – el anarquismo ha sido un movimiento que ha interesado muy amplias capas de opinión; que ha movilizado, directamente y por su influencia en la Confederación Nacional del Trabajo, millones de trabajadores. Ha sido un movimiento organizado, con finalidad bien definida y con una estrategia de lucha que hizo sus pruebas antes de la Revolución de 1936, que la posibilitó y que orientó y alentó todas las realizaciones integralmente socialistas en ella iniciadas.

Encontrarnos fuera de nuestro país, o en nuestro país relegados a no ser más que un movimiento clandestino reducido a la acción, más platónica que efectiva, de ciertos grupos que recuerdan el pasado y no pierden la esperanza en el porvenir, es prueba muy dura para nosotros. El fascismo español, sobreviviendo al hundimiento del fascismo en todo el mundo, ha llevado fielmente a término la misión que le fuera encomendada: destruir las bases mismas en que el anarquismo internacional encontraba la fuerza de donde extraer su propia razón de ser y sus medios de propaganda.

En la mayoría de países, el anarquismo había quedado reducido a ser, o una actitud personal de rebeldía contra el sistema, o un pensamiento filosófico que vivía del pasado, o unas cuantas capillitas entretenidas en el culto al recuerdo de algunos viejos pensadores.

Un movimiento social, vivo, pujante, con profundo arraigo y simpatía populares, solo continuaba siéndolo en España. Quizá por ello se dedicó tan especial cuidado a destruirlo. Ya que, pese a cuanto ha hecho la propaganda franquista, por un lado, y la comunista, por el otro, coincidiendo ambas en el mismo objetivo, cuando, el 18 de julio de 1936, se produjo el levantamiento de los militares españoles, financiados por el gran capitalismo y alentados por los nazis alemanes y los fascistas italianos, la acción reaccionaria iba dirigida, no contra el Partido Comunista, que apenas si contaba con 20.000 afiliados, sino contra la Confederación Nacional del Trabajo, que en el Congreso de Zaragoza (mayo de 1936) había contado sus fuerzas – más de un millón de afiliados – y contra la Federación Anarquista Ibérica, que en la serie de movimientos insurreccionales en el curso de los seis años de régimen republicano,